

Presentación

Danilo Santos
Ingrid Urgelles
Ainhoa Vásquez

Facultad de Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile

La palabra "Narcozona" es un neologismo inventado por el escritor mexicano Carlos Velázquez en una crónica de su libro *El Karma de vivir al norte*, con el fin de dar cuenta imaginariamente de la violencia en las zonas del norte mexicano afectas a ella. Este vocablo rememora el término "interzona" de William Burrough, que inventó la palabra para dar cuenta de un territorio ficticio que iba desde México a Panamá. Nuestro uso igualmente es ampliamente metafórico y también apunta a conectar un territorio físico con una atmósfera de violencia. Esto lo vemos explícitamente representado en las producciones culturales de los últimos 30 años en México y Colombia, y da un sumario de lo que aparece en años recientes con un vocabulario que excede la propia objetividad del discurso científico como los vocablos de gran irradiación como "sujeto endriago" y "capitalismo gore" de la investigadora tijuanaense Sayak Valencia.

Así, podemos afirmar que el relato criminal, asociado al narcotráfico en México y Colombia, se ha encargado de cartografiar distintos espacios y territorios que son el escenario del crimen organizado en dichos países. El objetivo de este nuevo número de *Taller de Letras* es analizar y reconocer de qué forma estas narrativas dialogan con la narcozona o espacio figurado de esta violencia y ficcionalizan estos espacios en disputa. Las organizaciones criminales vinculadas al tráfico de drogas se sitúan en espacios geográficos precisos: fronteras territoriales y simbólicas. En el caso del relato mexicano, las zonas del norte (Sinaloa, Ciudad Juárez, Mexicali, Monterrey, Tijuana) se vuelven escenarios fundamentales en las ficciones que también son, en la realidad, ciudades que albergan gran parte de los carteles. En Colombia, por su parte, los relatos hacen referencias a ciudades como Medellín, Cali y Bogotá, donde se observan localidades marginales desde los que actúa el narcotráfico. En las novelas, los personajes construyen su subjetividad a partir de estos espacios que habitan y transitan. Además de los ciudadanos, se encuentran capos, delincuentes, sicarios y policías corruptos, que operan, de modo intercambiable, como víctimas y victimarios en la narcozona.

La literatura y su campo de desarrollo tiene fronteras y zonas grises. No todo está permitido y a la vez todo es lícito en la literatura que se ilumina como sistema que da pie a la aceptación de los relatos prohibidos o que no han encontrado un cobijo en esta área móvil. Como bien dice Lotman, el metatexto crítico dirá en cada época y certificará lo que es literario y lo que no lo es a partir de la certificación de las funciones estéticas. Como grupo quisimos explorar, tanto en México como en Colombia, esta situación que parece extraordinariamente vinculada al territorio, pero que arranca en la

propia literatura y, repetimos, en la sociedad misma con su creación de distintas zonas fronterizas.

En la actualidad están muy presentes los muros, las fronteras como espacios de la segregación y de la diferenciación entre poblaciones. A veces esta diferencia efectivamente parte de una escisión que nos hace ir de la zona fronteriza a la propia literatura. Cuántas veces uno se encuentra con cierto desdén en el calificativo a los materiales literarios del formato narcoliterario que defendemos. Al respecto, la construcción de la narcozona también es un espacio en que la discriminación hace eco del propio campo cultural literario y de cómo es manejado al circular de manera muy disímil en relación con la construcción del crimen organizado y sus representaciones estéticas.

También la narcoliteratura es violencia y una refracción sobre la sociedad, parte de esa "monstruosidad" y anomalía es la que permite edificar estas fronteras y estos espacios desde lo que se designa como cultura y, en paralelo, un modelo de anticultura, como diría en otros tiempos Yuri Lotman, para designar la conformación dialéctica del modo de funcionamiento literario. Esa construcción de la frontera entonces tendría que ver acaso con las propias relaciones que establece la literatura con la sociedad a propósito del fetichismo con que se encorseta la función estética y sus dominios lábiles.

La narcorrepresentación y dominios fronterizos de la violencia sirven para establecer una mediación con una abundante parcela de materiales que pertenecen a esa multitud que queda adosada a la periferia de la modernidad estetizante. En este sentido, la literatura del narco es obviamente narcozona y a la vez literatura que linda con el crimen organizado y, a la vez, un universo ficcional (no el único por lo demás) que extrae sus materiales del contacto directo con lo social y la violencia de la crónica roja y del periodismo en su más amplia extensión. Mijail Bajtín al hablar de la modernidad novelesca y de la carnavalización literaria apelaba al espíritu gacetillero o a los géneros vinculados a las noticias de la Antigüedad.

Sin querer pasar por el formato exclusivo en que se puede vincular el periodismo y la literatura que sería una ficción más. Hay que decir que muchos autores mexicanos de relevancia para el género han ejercido una carrera central como periodistas, es el caso de Alejandro Almazán y Alejandro Páez Varela. Esto traduce parte de ese pacto ambiguo, semitestimonial, semificticio que abunda en las novelas y que proporciona unas de las luchas más enconadas entre el letrado y la multitud ya presente en el linaje de la original *La virgen de los sicarios* del antioqueño Fernando Vallejo. Y otra vez la creación de esa frontera de violencia que parece suscribir al género por medio de ese no reconocimiento entre literatura y lo social. La sociedad aporta el crimen organizado y sus derivados y, la literatura, lo estético, que permite realizar con estos materiales que corroen la historia continental. También a veces es dotar de una memoria reorganizada con los artefactos del arte.

La frontera es reconocimiento de un constructo que es territorial, simbólico y segregacional respecto de lo que postulamos para lo que nos sirve la descripción de la ciudad colonizada planteada como una Narcozona y como un espacio de segregación por Frantz Fanon y Aquille Mbembe.

Frantz Fanon propone una descripción sorprendente de la especialización de la ocupación colonial. Para él, la ocupación colonial implica ante todo una división del espacio en compartimentos. Supone el despliegue de límites y fronteras internas, representadas por los cuarteles y comisarías; está regulada por el lenguaje de la fuerza pura, la presencia inmediata y la acción frecuente y directa, y está dada por el principio de exclusividad recíproca. Pero más importante es la forma en que opera el poder de la muerte:

La ciudad del colonizado, o al menos la ciudad indígena, la ciudad negra, la «medina o barrio árabe», la reserva es un lugar de mala fama, poblado por hombres con mala. Se nace en cualquier parte, de cualquier manera. Se muere en cualquier parte, de cualquier cosa (Fanon en Mbembe 45-46).

Conectando esto con lo que refiere el escritor mexicano Alejandro Páez Varela, él describe en *El reino de las moscas* esta territorialidad condenada por medio del pueblo de Zaragoza, localidad cercana a Ciudad Juárez:

Zaragoza era un pueblo con calles de tierra y baños de hoyo

Zaragoza estaba sobre una planicie elevada, de tal forma que a lo lejos, en las noches, podía verse la mancha de luces blancas que era Juárez, y más al norte, dividido claramente por una columna oscura (el río Bravo), El Paso, Texas, con sus luces amarillas. Al sur había solo desierto. Desierto pelón. Quizá más hostil que cualquiera otro a cientos de kilómetros a la redonda:

Zaragoza era el reino de las moscas (18).

Uno de los efectos de la violencia que proyecta la narrativa del crimen organizado en las novelas es la representación de esas zonas fronterizas, llámense favelas, reino de las moscas, comunas. En el narcomundo que impone la literatura se vive en fraccionamientos y se muere en ellos o se es depositado públicamente de modo agravante en distintos sectores. Un espacio poblado de cuerpos maltrechos cuando no de cadáveres espera a los personajes de estos libros que se ven impelidos a sobrevivir en estas zonas replegadas por los ataques del Estado o del Narco, tornando la violencia en una indistinción, cuando no levantones y secuestros. Si el universo diegético de las novelas coloca a sus personajes en zonas devastadas se produce un efecto en el material literario mayor que exige ver esto desde un punto de vista paralelo.

Ese efecto es desde la constitución del narco y de sus zonas fronterizas y segregadas a la vez como un material con un funcionamiento periférico al interior del sistema literario. Aquí nos alejamos de la conexión de estos asuntos respecto de la sociedad mayor solo en un sentido para reflexionar sobre un funcionamiento literario que se hace desde una lucha entre sistemas más prestigiosos y que copan los lugares centrales del discurso literario y esta literatura del narco o del crimen organizado. En tanto que apela a la violencia y sus actores centrales representan mayoritariamente a una comunidad

que incluye sicarios, policías, capos, abogados, su recepción mayoritaria es masiva pero multitudinaria en un sentido de menor legitimidad dentro del sistema global de la literatura.

Aunque la literatura del narco tenga una suerte de clásicos como *La virgen de los sicarios* y *Ciudad de Dios* más bien se activa como esos personajes condenados de la novela a un régimen de configuración masiva, en serie y de menoscabo sobre su propia organización. Al respecto la narcozona y la frontera como territorios de pérdida y destrucción también alcanzan a la propia literatura del narco que busca erigir una piedra fundacional en que la violencia que afecta a varios sistemas literarios latinoamericanos contemporáneos le ganan la partida al relato narco.

Piénsese si no en el relato policial negro, la literatura urbana de marginalidad social y la literatura enclavada en la experiencia dictatorial del Cono Sur. Al parecer hay una mirada de rechazo, tanto por una recepción masiva del formato que discutimos como por una perspectiva ética desde la que se observan estos materiales. La combinación del rechazo al consumo masivo de lo narco y la mirada desde la distancia ética a los productos que se vinculan al fenómeno del narcotráfico, producen, en el conjunto canónico de la literatura, una deslegitimación de estos productos. Esta mirada de desprecio erige una organización fronteriza de todos estos subsistemas literarios narrativos que coinciden en la contemporaneidad con que yacen sobre nuestro diálogo de lectores.

Pero la narcoliteratura, con sus espacios que por extensión denominamos más libremente narcozona, produce y en esa producción caracteriza de mejor manera tanto el espacio de la producción estética como el de su propio lugar periférico respecto de una visión de procesos de canonización literario. Así, narcozona lo entendemos como representación de esos espacios fronterizos, territoriales en donde la violencia se acuña y cuenta una historia contrahegemónica del decir no aceptado por la legitimidad de sistema y esto no es difícil de comprobar.

Tanto por la ampliación que le asignamos a esta narcozona más propiamente de un territorio literario en movimiento respecto de los metatextos acuñados en Colombia, en México y en otros países que sirven para ir delimitando provisionalmente las propias fronteras con las que el formato se erige. Así, en el sentido de esas fronteras de las viviendas cerradas neoliberales la narcoliteratura o literatura del crimen organizado cuenta lo depreciado por la sociedad triunfal de la felicidad que nos circunda. Y acaso ese abrazo que se resiste, a no ser excepciones contadas, a la estetización formal y que deja mucho margen, tanto al propio crimen como a los protagonistas marginales, acaso diga algo o bastante de esas sanciones que presenta el canadiense-belga Marc Angenot sobre lo legitimado por un discurso social, de una hegemonía que arroja eventos decibles por el sistema o de lo "decible".

Es en la resistencia de muchos de estos materiales, en su condición más precaria y en las explosiones de violencia que procuran en el sistema simbólico de la literatura, que presentamos un conjunto de autores mexicanos y colombianos que refieren esta narcozona y a la vez nos dan razón cuando

entregan un decir reprimido que es pura segregación, frontera e ilegitimidad. En tiempos en que los simulacros de felicidad saturan las esferas comunicativas esa precariedad extendida no aparece nada gratuita ni aleatoria en los marcos de nuestra recepción.

La cultura del narco se puede entender también de un modo mayúsculo, en el sentido de las fronteras entre la sociedad y la literatura. Así la frontera es el lugar donde se gesta periféricamente la literatura en aquel paraguas mayor que es el discurso social de toda la cultura, como dice Angenot. Aquella establece un contacto un tanto oblicuo con la realidad. En estos textos es más evidente, pues efectivamente se tratan de testimonios de una época conflictiva.

La literatura es social en el sentido de ser un discurso más. Repetimos esto porque es algo que permite extraerla de su carácter fetiche y entender, de mejor manera, que un tipo de literatura –como esta sobre el narco– promueva sus fronteras mediante el régimen de la narcozona que puede ser, también, una mirada sobre la literatura canonizada, o como dice Alejandro Almazán cuando “habla la bala”.

Frente al discurso hegemónico de los Estados neoliberales, la literatura da la posibilidad de escribir eso. La ficción perturba los discursos de la realidad “oficial”, para instalar un contradiscurso y muchas veces denunciar, o al menos presentar una realidad otra desde la voz de las víctimas. Muchas veces los escritores son periodistas y los textos aluden a testimonios o acontecimientos de la realidad referencial pero traducidos en su versión ficcional. También eso es la literatura del narco que establece unas propiedades fronterizas con formatos cercanos y con el periodismo y cuenta las historias con la libertad toda que un relato ficcional trabaja y reelabora materiales de la crónica roja. Frente al Estado neoliberal, lo narco plantea el lugar de la hegemonía y de lo indecible. Esto porque el fenómeno de la narcozona no alcanza un nivel de aceptabilidad social. El Estado impone la hegemonía de lo decible y su estado de cosas y de la estética vigente. En su aparente precariedad, ¿la narcozona desafiará ese estado de cosas feliz? o acaso ¿desafiará el fetiche de la literatura mismo con orgullosa insolencia y precariedad?

Los textos escogidos para este *dossier* dan cuenta de una zona espacial-territorial pero, principalmente, simbólica, de dos países que han sido azotados por la violencia del narcotráfico: México y Colombia. Espacios que de tanto escucharlos y situarlos en estereotipos criminalizadores, hemos terminado por imaginarlos como narcozonas inhóspitas donde las balas perdidas atraviesan cualquier cuerpo. Los seis académicos que reunimos en este *dossier*, en cambio, nos invitan a visitar estas ciudades-mitos desde una visión crítica, analítica y deconstructiva que nos contextualiza la emergencia y continuidad de esta violencia. Es el caso del artículo “Has llegado al fin del mundo: aquí hay dragones endriagos”, de Sayak Valencia, quien sugiere que nos encontramos ante una refeudalización neoliberal del mundo, cuya consecuencia directa ha sido una división tajante entre la ciudad de los colonos (del emprendedor económico) y la ciudad de los colonizados. Así, mientras la primera estaría marcada por un sentido de pulcritud, racionalidad y funcionalidad, la ciudad de los colonizados, de los subalternos, sería construida

imaginariamente como un espacio desolado y polvoriento, que representaría los límites del mundo y sería habitado por sujetos endriagos.

Seis trabajos con visiones personales que difieren y cuestionan el impacto que trajo el narcotráfico a las urbes, pero que si algo tienen en común, es el compromiso de sus autores por analizar las causas de la descomposición del tejido social, del estereotipo con el que se ha criminalizado al territorio y sus habitantes, junto con la esperanza de que sea la literatura una vía para recuperar la memoria histórica y el sentido humano de lo que implica sobrevivir en tiempos convulsos. La ilusión de que esos territorios en conflicto pueden ser pacificados, repensados, resignificados, reconstruidos y recuperados, cuando menos, mediante la escritura.